



El testimonio de una enfermera jefa que usó marihuana medicinal

Al cabo de un tratamiento con quimioterapia, se decidió por el consumo de la planta.

Mi historia con el uso medicinal de la marihuana empezó en el 2003, mucho antes de que el país se le midiera siquiera a discutir esta posibilidad.

Acababa de someterme a una cirugía de cáncer de seno y estaba sufriendo los efectos terribles de la quimioterapia.

No exagero cuando digo que en el primero de los seis ciclos que debía recibir durante un semestre, casi me muero; es más, si hubiera tenido la opción, habría elegido someterme a otra mastectomía, si eso me evitaba pasar de nuevo por la experiencia de la quimio.

Los especialistas que siguieron mi caso, y a los que desde entonces conté como mis amigos de infortunio, me dijeron que sufrí todos los efectos descritos en los libros, y los que no, pues también me dieron: vómitos, inapetencia, llanto, melancolía, depresión, dolor en todo el cuerpo, excesiva sensibilidad cutánea, auditiva y olfativa, y un terror absoluto cuando sentía acercarse el siguiente ciclo de 21 días, justo en el momento en que mi cuerpo trataba de compensarse. No miento: en esos días, yo era una piltrafa humana.

Un día llegó a mis manos una revista que contenía un artículo que de inmediato capturó mi atención: se refería a los beneficios que conllevaba el uso de la marihuana para el cáncer, y aportaba un paso a paso sobre cómo preparar una infusión con esta yerba, y las cantidades exactas para cada toma. (Lea también: Evidencia científica disponible sobre la marihuana medicinal)

Desde hace 28 años soy enfermera jefa de un prestigioso hospital de Bogotá, de modo que tuve la oportunidad de comentar el artículo con varios de sus especialistas; la verdad, también tenía la esperanza de que alguno se ofreciera a ayudarme a conseguirla. Como estaban las cosas en ese momento, con tanto tabú en torno al tema, me parecía muy difícil acceder a la marihuana.



No sabía en dónde buscarla ni cómo comprarla, pero tenía que hacerlo. Se acercaba el próximo ciclo de quimio y no podía llegar a semejante abismo sin un plan B. Había ensayado otras cosas, y todas habían fracasado.

La verdad, me fue mejor de lo que esperaba. Una semana antes de la quimioterapia empezaron a llegar a mi escritorio sobres de manila anónimos, con frases y palabras como “suerte”, “espero que te ayude”, “espero que lo logres”... ¡Mi objetivo tuvo éxito! Ellos contenían marihuana en diferentes presentaciones: con flor y sin flor, en bolsas plásticas, lista para armar cigarrillos, en fin...

‘Yo no conocía la yerba’

La verdad, yo no conocía la yerba, pero pensé que era de calidad por el círculo en que hice el comentario. Siempre pensé que tenía que ser discreta y que no debía hablar mucho del asunto, ni con muchas personas.

Ya con ella, mi oncólogo me dijo: “Mejor fúmlala”, pero como nunca he fumado lo descarté, pues no era el momento de improvisar. La jefa de oncología, por otro lado, me dijo que la infusión bien cargada funcionaba.

Llego el día del segundo ciclo de quimioterapia. Salí de mi casa directo a oncología para someterme al tratamiento, y dejé lista la yerba en la tetera, según las medidas pesadas previamente por mi equipo interdisciplinario de amigos y compañeros de trabajo en el hospital y las indicaciones de mi mamá para la preparación.

Regresé hacia la 1 de la tarde después de recibir toda la mañana el “veneno bendito” (así le digo porque, pese a los efectos, ayuda a curar) y con las esperanzas puestas en el té. Me tomé un vaso grande y esperé... Empezaron las náuseas y luego el vómito, aunque con menor intensidad. Y en ese punto pensé que no me importaría el gramaje que habíamos preparado junto con mi equipo, y puse más yerba en la infusión para que quedara realmente cargada.

En adelante, tras cada quimio, tomé de tres a cuatro vasos llenos por jornada. ¡Y funcionó! El vómito se fue; las ganas de llorar inconsolablemente, sin saber por qué, también; pude comer, pude dormir, dejó de molestarme el ruido de las voces y, lo mejor de todo, pude ver un programa en el que mi sobrinita aparecería. Para mí y para ella, que sabía cuánto me afectaba el tratamiento, era importante. Me había dicho días antes: “Tía, ojalá la quimio no te toque el día de mi presentación, para que me puedas ver”.



Debo decir que al comienzo estaba algo temerosa por la toma de la infusión, pero estaba segura de que nada sería peor que los efectos de la quimioterapia. Pregunté a mis allegados que habían probado la marihuana y me dijeron: “Quizá te excite”, “Verás los colores más lindos y brillantes”, “Te dará risa por todo”. (Lea también: Alistan la primera licencia de cannabis medicinal)

Para ser honesta, el verde no fue más verde y la risa no apareció de manera incontrolable. Logré, sí, ser persona, tener deseos de levantarme, de hacer mis cosas, de compartir; pude comer, dejé de sentir que la piel me dolía con el solo roce de la ropa, y pude dormir sin pasar toda la noche acostada en el baño, para poder llegar a tiempo a vomitar.

Hoy sé que fue lo mejor que pude haber hecho. Gracias a la marihuana medicinal pude tener una vida digna, trabajar, compartir con mi familia y seguir con un duro tratamiento que no podía abandonar, si quería sobrevivir al cáncer.

Seguí adelante con la tarea a lo largo de cada uno de los cinco ciclos ordenados por mi médico, hasta terminar. Cuando llegó el final, exitoso desde todo punto de vista, anuncié a mi equipo multidisciplinario anónimo que me había quedado yerba en todas las presentaciones, y entonces se acabó el anonimato.

Devolví lo que me había quedado y nunca más la usé; aunque a esta etapa le siguieron 10 años de tratamiento con medicamentos, no volví a necesitarla. Hoy, con 50 años de edad, estoy saludable.

Repetí mil veces la fórmula a todo aquel que me llamó, y me llama todavía, a preguntar cómo se prepara y cómo se toma. Yo lo hago con todo el gusto del mundo y con la infinita confianza de que funciona.

Bueno, en algo no puedo orientarlos: no sé cómo se consigue y eso es muy triste, sobre todo porque soy consciente de que ayuda a pasar por una experiencia menos dolorosa cuando uno es diagnosticado con ese mal catastrófico que es el cáncer.

ROCÍO CUERVO NIÑO

Especial para EL TIEMPO

Diario El Tiempo, 8 de Junio de 2016. Pág. 7